

*Arte soy entre las artes: la imagen de José Martí en la colección del Centro de Estudios Martianos*

Marlene Vázquez Pérez

Tal vez la figura histórica cubana más llevada al lienzo sea la del Apóstol José Martí. En múltiples instituciones de la ciudad de La Habana, y también en otros lugares del planeta, cabe encontrarse con representaciones de su rostro, desde las más diversas propuestas creativas. Cada artista es un mundo, cada imagen, entonces, es la de un Martí diferente, uno y diverso al mismo tiempo, reconocible a pesar de las marcas expresivas de cada creador. El Martí que recibe al visitante en la embajada de Cuba en Lima, por ejemplo, de autor peruano, es un Martí mestizo de indio, de piel cobriza, bigote enhiesto, ancho de hombros y de estatura elevada, que hace pensar involuntariamente en la *raza cósmica* de Vasconcelos, pero también en el espíritu *nuestramericano* del modelo, aunque no se corresponda con exactitud a su anatomía y aspecto.

En Cuba podremos encontrarlo en muchas versiones y espacios, tales como museos, galerías, el memorial que lleva su nombre, hasta instituciones que en puridad no constituyen áreas expositivas, aunque contribuyan a socializar la obra de arte, como instancias de gobierno, escuelas, bibliotecas y muchas más.

Con más de cuatro décadas dedicado a la investigación y difusión del legado del prócer, el Centro de Estudios Martianos es, obviamente, uno de esos sitios donde Martí es omnipresente. La prestigiosa institución tiene como objetivo central de su trabajo la investigación y difusión de la vida y la obra de José Martí, tanto en Cuba como en el extranjero, y cuenta con un equipo académico y de promoción de gran calidad profesional y humana.

Quienes hemos tenido el privilegio de trabajar durante años en la hermosa casona, sita en Calzada nro. 807 entre 2 y 4, en El Vedado habanero, a menudo olvidamos, por fuerza de la costumbre que, además de su condición de inmueble perteneciente al Patrimonio nacional, estamos en un espacio que puede ser considerado, justamente, como una especie de galería de arte muy especial. Y es que la que fuera en el pasado la vivienda de José Francisco Martí y Zayas-Bazán, hijo del Apóstol, y de su esposa María Teresa Bances y Fernández-Criado, atesora hoy una colección de artes plásticas de gran calidad, y de una temática muy especial para todos los cubanos: está dedicada a José Martí, o a algún aspecto de su vida y obra.

No pretendemos aquí inventariar cada una de las piezas exhibidas, ni efectuar un recorrido a la usanza de una guía de exposición. Solo se trata de divulgar la valía de

este tesoro artístico que merece ser más conocido y cuya existencia la mayoría de los cubanos ignora.

Al trasponer el amplio portal con que la vivienda nos recibe por Calzada, nos saluda, en la misma recepción, el óleo de un clásico: uno de los tantos retratos de Martí de Raúl Martínez. Con la singular apropiación que hizo este pintor de las técnicas del pop-art nos encontramos ante una pieza profundamente original y fiel a la más raigal cubanía. Sus colores planos, cálidos, nos ofrecen cuatro facetas del rostro del prócer, recreadas a partir de una conocida fotografía suya, de brazos cruzados, tomada en Nueva York en 1885. Una obra que aunque poseedora de unicidad indudable, está emparentada por el tema con otras piezas del pintor, como *Martí y la estrella*, *Martí y Fidel*, y otras muchas, pues devino en obsesión creativa para nuestro primer Premio Nacional de Artes Plásticas (1995). Este galardón le fue otorgado a Martínez, con toda justicia, en el año del centenario de la caída en combate del prócer cubano.

Unos metros más allá, luego de franquear la hermosa reja que da acceso al salón de protocolo, donde se conserva de manera impecable parte del mobiliario original, nos topamos con el imponente Martí de Esteban Valderrama, fechado en 1951. Se trata de uno de los retratos más conocidos y difundidos del Maestro, concebido dentro del más estricto rigor histórico. Creado bajo cánones fieles a la pintura académica, este óleo sobre lienzo nos ofrece una figura de Martí de pie, con las manos a la espalda, en actitud y mirada similar a la de su conocida fotografía tomada en Jamaica en 1892. El negro de ese traje, a la vez modesto y elegante, solo se ve interrumpido por la breve nota de luz que aportan el dorado de la leontina y el reloj. La expresión seria de quien padece dolor profundo y viste luto por la patria, los ojos de expresión serena fijos en el espectador, se corresponden con la altura de las preocupaciones de un hombre que consagró su vida al deber de luchar por la independencia de Cuba.

Sorprende también al conocedor de las artes encontrarse en uno de los locales de conferencias, en la galería principal de la edificación, con varios cuadros de tema histórico del pintor Roberto Diago Querol. Son piezas de factura apegada a un realismo de corte académico, en el que aparecen episodios fundamentales de la vida nacional, como la reunión de La Mejorana, con las figuras de Martí, Maceo y Gómez en los roles protagónicos, o la caída en combate del Apóstol, entre otras. Se trata de una zona de su obra anterior a sus aportes de corte vanguardista, pero valiosa desde el punto de vista artístico, tanto por su calidad como por constituir una faceta menos conocida de la labor de este importante creador.

En la oficina de la dirección nos encontramos con un hermoso Martí, de la autoría de Alberto Jorge Carol. Es esta, tal vez, una de las efigies más sugerentes del Maestro, por la expresión soñadora, incorpórea, de un rostro que transparenta las nubes y azules del cielo que le sirve de fondo. Esta obra está inspirada en una imagen muy conocida de la iconografía martiana, la del invierno de 1891. Curiosamente, el pintor transformó el frío entorno neoyorquino en esa evocación de sus lejanas y entrañables Antillas, tan presentes sin embargo, acrecidas por la nostalgia y los peligros que se cernían sobre ellas.

En el local aledaño, el despacho de la directora, nos encontramos con *Un abanico de plumas*, la obra de Ernesto García Peña dedicada a los *Versos sencillos*, de cuyo poema V toma el título. La imaginación del artista nos ofrece ese abanico, volátil por la levedad del material, pero autónomo como si tuviera vida propia, en un cuadro de resonancias oníricas. De este creador también encontraremos en otra área de la institución el espléndido Martí vestido a la usanza mambisa, jinete vigoroso sobre su caballo bayo, tocado de sombrero de yarey, a cuya derecha flota la bandera cubana. De fondo, el verdor de la manigua redentora, contribuye, por contraste, a resaltar el dinamismo y las energías de las figuras del corcel y el combatiente, ejecutadas en tonos claros.

En el CEM se atesoran también otros retratos de Martí, de maestros de reconocida trayectoria, más lejanos o cercanos en tiempo, como Armando García Menocal, Mariano Rodríguez, René Portocarrero, Roberto Diago, Flora Fong, hasta de creadores más jóvenes pero que ya han realizado contribuciones valiosas, como Kamyll Ballaudy, entre otros muchos. La diversidad de técnicas es abrumadora, pero todos los creadores tienen en común la devoción hacia el cubano mayor, y la voluntad de expresar, cada uno a su modo, la mirada personal a ese hombre extraordinario, que tuvo la sagacidad de valorarse en su justa medida, y de reconocer, sin petulancias ni modestia falsa, que era “arte entre las artes.” La profusión de imágenes suyas en la plástica nacional se convierte así en la materialización de esa hermosa profecía que anunciaron en 1891 sus *Versos sencillos*.<sup>1</sup>

A la entrada del actual salón “Betances”, y antiguo comedor de la casa, el espectador comienza a deslumbrarse con las numerosas obras ejecutadas en cerámica. A ambos lados de la puerta, platos de Armando Patterson y Águedo Alonso, entre otros. El

---

<sup>1</sup> Yo vengo de todas partes,  
Y hacia todas partes voy:  
Arte soy entre las artes,  
En los montes, monte soy.

Véase Obras completas, edición crítica, tomo 14, p. 299.

cúmulo mayor, se halla en el conjunto de platos del interior de la pieza, y hay en todos ellos un derroche de originalidad admirable. Coexisten allí obras de autores menos conocidos con las de figuras renombradas de la plástica cubana a nivel internacional. En ella encontraremos, entre otros, a un Martí muy sintético, ejecutado en contorno, oro sobre negro, con rasgos tan perfilados que recuerdan a don Quijote, debido a la maestría de Nelson Domínguez. Otro consagrado, Ever Fonseca, nos entrega una efigie del gran cubano cuya faz se complementa con el penacho de la palma real, nuestro árbol nacional. La mirada penetrante y frontal de otro, firmado por José Miguel en el año 2008, remite al acervo pictórico universal, pues si bien se reconoce de inmediato a nuestro prócer, es inevitable la asociación de sus ojos con los retratos anónimos de la antigüedad, ejecutados en madera y hallados en el oasis de Fayum. También encontramos conexiones ideotemáticas entre estos platos y zonas de la obra martiana, como los Diarios de campaña. Así, debido a la creación de Vicente Rodríguez Bonachea vemos a un Martí que disfruta de la naturaleza patria, en una imagen que derrocha poesía y magia, y que cabe asociar con aquel pasaje inolvidable:

La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiquiquea, y su coro le responde: aún se ve, entre la sombra, que el monte es de *cupey* y de *paguá*, la palma corta y espinada; vuelan despacio en torno las animitas entre los nidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima-es la miriada del son fluido: ¿qué alas rozan las hojas? ¿qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de almas de hojas?<sup>2</sup>

Cada artista da una visión diferente, pero todas tienen como denominador común el homenaje fervoroso hacia el cubano mayor, la voluntad de contribuir desde el universo de las artes plásticas a perpetuar su legado y a actualizarlo en cada acto creador. Todos han hecho suyo aquel precepto martiano escrito a propósito de los impresionistas franceses, pero que por su contenido ético es válido no solo para la producción artística, sino para cualquier faceta de la actividad humana: “Cada hombre trae en sí el deber de añadir, de domar, de revelar. Son culpables las vidas empleadas en la repetición cómoda de las verdades descubiertas.”<sup>3</sup>

A la salida, en un ángulo del portal, nos despiden la réplica de la escultura “Martí, crece,” de Alberto Lezcay, que alude metafóricamente a la savia viva de ese legado gigantesco, como árbol que se proyecta al infinito, del que somos depositarios los nacidos en la Isla,

---

<sup>2</sup> JM: Diario. De Cabo Haitiano a Dos Ríos- OC, t. 19, p. 218.

<sup>3</sup> JM: “Nueva York y el arte. Nueva Exhibición de los pintores impresionistas”. Obras completas, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 19, p. 303.

pero que pertenece, sin duda, a la Humanidad. El motivo de la metamorfosis ser humano-árbol, que eligió el artista santiaguero no puede ser más elocuente: él, como el propio Martí, fue fiel a esa voluntad de conectar lo autóctono con las tradiciones mitológicas universales. Como es conocido, el árbol constituye un símbolo trascendente, de contenido ontológico y cosmogónico en casi todas las culturas, desde la Antigüedad hasta el presente. También alcanza un significado muy especial dentro de la propia obra martiana, en tanto expresa la vida perenne, útil, proyectada hacia el futuro.

Tan significativa es la colección de obras aquí valoradas, que casi todas las que se han mencionado aparecen recogidas en un libro hermoso y de gran utilidad para aquellos que deseen adentrarse en el conocimiento del tema martiano en las artes plásticas. Me refiero a *Antología visual. José Martí en la plástica y la gráfica cubanas*, Letras Cubanas La Habana, 1995, de la autoría del profesor e investigador Jorge R. Bermúdez. Este valioso texto crítico, acompañado de una selección de clásicos de la iconografía martiana, constituyó, en su momento, un homenaje al sesquicentenario del natalicio del Maestro, y sigue siendo hoy un compendio de referencia obligada en torno al tema.

Visitar, entonces, el Centro de Estudios Martianos, puede tener por objeto no solo hacer uso de los servicios de la biblioteca especializada, participar en algún evento de corte académico, matricular algún curso o intercambiar con sus especialistas. Se puede ir, indudablemente, a conocer una de las edificaciones patrimoniales más hermosas de La Habana, a disfrutar de arte de altos quilates y a completar la imagen de Martí, que todo aquel que conoce su obra, sea cubano o no, termina llevando dentro.

